

CONTRA EL VIENTO DEL OLVIDO, O LOS MAESTROS LECTORES*

WILLIAM OSPINA**

* Discurso de recepción del Doctorado Honoris Causa en Humanidades, septiembre de 1999.

** Escritor, periodista y traductor colombiano (Tolima, 2 de marzo de 1954).

Queridos amigos:

Cuando me retiré de la Universidad, hace ya veintitrés años, para dedicarme a la escritura, no pensé jamás que llegaría el día de volver a los claustros a recibir un título universitario. Yo había tomado la decisión de vivir sin él, y, sinceramente, no lo creo necesario para la vida intelectual, aunque lo creo indispensable para la vida profesional, y muy a menudo necesario y utilísimo para la vida práctica. Supongo que esos veintitrés años que he dedicado desde entonces a la lectura, a la escritura, a los diálogos literarios, a las plácidas y ociosas vigiliadas conversadas, a los viajes y a las ficciones, les han parecido a estos generosos amigos de la Universidad Autónoma Latinoamericana, y en particular a mi querido amigo José Raúl

Jaramillo, gestor de la idea, un buen equivalente de los años de estudio universitario; y supongo que los libros que con cierta incontinencia he dado a la imprenta en los últimos tiempos habrán podido reemplazar a las pruebas académicas a la hora de hacer la valoración de mis méritos. Yo no me lo proponía, y por ello agradezco, como diría Borges, al divino laberinto de los efectos y de las causas, que esta decisión generosa de la Universidad, de su Rector, de su Consejo Superior y de sus demás directivos, me convierta no solo en Doctor en Humanidades, título que acepto con timidez, porque no sé si sabré ser digno de él, sino en miembro de esta comunidad universitaria, hecho que agradezco todavía más, porque los títulos pueden satisfacer la vanidad, pero el ser recibido espontáneamente como parte de una comunidad espiritual es un don que de verdad me conmueve. Sea esta la expresión de mi gratitud, en mi nombre, y en nombre de mi familia, que está tan contenta como yo con este honor, y quiero asumirlo como una invitación amistosa a persistir en las tareas literarias, en los placeres y en los ocios a los que he dedicado mi vida. Ahora quiero leer para ustedes unas páginas sobre los libros y la lectura, y sobre el papel que esta debería cumplir en nuestra cultura.

Según cuenta Platón en el Fedro, un día llegó ante el faraón egipcio Tamús, Tot, el dios de los inventos. Venía a presentarle sus innovaciones y ponderó ante él la aritmética, la geometría, la astronomía, los juegos de dados y el ajedrez, para que fueran difundidos entre los habitantes del imperio. Finalmente, le presentó al faraón un invento que valoraba de un modo especial. Era la escritura. “He aquí una invención, oh rey, que hará a los egipcios más sabios y ayudará a su memoria –le dijo–. He descubierto una receta segura para la memoria y la sabiduría”. Curiosamente, el faraón no pareció demasiado impresionado: “Padre de la escritura, –le dijo– en el entusiasmo de tu descubrimiento le atribuyes todo lo contrario de su verdadera función. Aquellos que la conozcan dejarán de ejercitar su memoria y serán olvidadizos; se confiarán a la escritura para traer los recuerdos a su memoria mediante signos externos, en vez de fiarse de sus propios recursos internos. Tú no has descubierto una receta para la memoria, sino para las reminiscencias”. Tal vez lo más sorprendente de esta fábula es que sea Platón quien la cuente, pues sabemos que aquel

sabio dedicó sus esfuerzos a salvar del olvido, mediante la escritura, las enseñanzas de su maestro Sócrates, hombre que, como Buda y como Cristo, no escribió jamás. En la obra de Platón asistimos a un complejo forcejeo entre esas dos maneras de la enseñanza, la de la palabra hablada de los maestros antiguos, y la de los textos escritos propios de los tiempos ulteriores. Y tal vez consigna en este relato los entusiasmos del Dios y los escrúpulos del rey, porque de algún modo sabe que, peligrosa o no, la escritura se impondrá como recurso para la conservación de la memoria humana, y que él está siendo uno de sus consagradores. Pero además no es inocente el que atribuya a un mero rey las objeciones y que en cambio convierta la escritura en una invención divina; allí ya hay, se me ocurre, una toma de partido. De la misma manera, en algún momento de la historia de Grecia los poemas homéricos, que habían pasado siglo a siglo de los labios a los oídos de inspirados rapsodas, conservados por la memoria en rigurosos hexámetros, fueron confiados a la escritura ante el temor de que se perdieran o se desfiguraran. Si el temor surgió, se diría que es porque algo amenazaba ya en el seno de la sociedad la pureza de esa tradición, algo estaba alterando la firmeza con que las nuevas generaciones recibían el legado de las antiguas.

Yo me atrevería a afirmar que ese algo era la pluralidad de las culturas, la convergencia en el seno de las sociedades de una diversidad de tradiciones, o al menos su proximidad. Porque seguramente lo único que permite una tradición oral sostenida e invariable es la homogeneidad de una cultura y la persistencia de una lengua; la tradición oral es típica de los pueblos largamente establecidos y a menudo encerrados en un determinado territorio. Se diría que el azar de los desplazamientos y el contacto con otros pueblos, con otras tradiciones, pone en peligro la firmeza de los recuerdos transmitidos por las generaciones, y hacen necesaria la recurrencia a un sistema exterior que fije la memoria. Ello explicaría el escepticismo del rey Tamús ante las innovaciones del dios, pero también ayudaría a pensar por qué el pueblo judío, sujeto a continuos desplazamientos y a largas y desintegradoras diásporas, llegó a ser por excelencia el pueblo del libro, por qué llamó a ese libro genéricamente *La Escritura*, y por qué abandonó la tradición oral justo en ese momento definitivo

de su historia en que emigraba de Egipto y emprendía por el desierto la búsqueda de la tierra prometida.

Ya inventado el arte de escribir, la humanidad persistió muchos siglos en la transmisión oral de su memoria, de sus tradiciones y de sus obras literarias. La escritura era asunto de los intelectuales, no de los pueblos; la lectura seguía siendo algo especializado y sofisticado frente al placer todavía hoy vigente de oír contar. Incluso podemos afirmar que toda tradición que requiriera el concurso de muchos, como la saga de los cuentos de hadas medievales, las leyendas originales del ciclo de Bretaña, o la tradición de poemas cantados de los trovadores, debía recurrir constantemente a la memorización y a la repetición en público de los textos. El modo de publicación de los poemas por parte de aquellos trovadores era su imán cantor, su juglar, que iba repitiendo por campos y castillos las canciones escritas por su amo, como nos lo recuerda Ezra Pound en su poema “Cerca de Perigord”, vertido bellamente al castellano por Pedro Gómez Valderrama, donde las canciones llevadas por los juglares de castillo en castillo se convierten en los instrumentos del despecho y de la astucia del trovador dantesco Bertrams de Born para crear discordia entre los señores feudales del centro de Francia.

La aparición de la memoria escrita debió de obrar cambios desmesurados en las sociedades antiguas, pero ni siquiera el dios Tot habría podido presentir una de las consecuencias más vastas de su descubrimiento, la invención, siglos después, por parte de Gutenberg, de la imprenta; la posibilidad de multiplicar los libros hasta el vértigo y de ponerlos al alcance de incontables seres humanos. No había transcurrido un siglo desde la invención de la imprenta cuando nació la novela moderna, que originalmente sería inconcebible sin la escritura, y que hoy es casi inconcebible sin la idea de grandes ediciones de alcance planetario. No deja de ser curioso que la primera novela considerada en verdad como tal por los estudiosos nos sea presentada como una consecuencia de la imprenta: Don Quijote no habría llegado a ser el disparatado y mágico héroe que fue sin el concurso de los libros, pues, como dice Cervantes, “él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho

leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo”.

También Don Quijote es un héroe de transición, él está pasando de la cordura a la locura en la época en que los pueblos están pasando de la memoria oral a la lectura, en que las sociedades están pasando del orden de la tradición al orden de la innovación que caracteriza a la modernidad. Qué inquietante resulta ver como lo asombra el que le cobren en las posadas, cuando hasta poco antes reinaba la tradición de la hospitalidad; cómo persiste en la vindicación del heroísmo generoso y desinteresado cuando se abre camino en el mundo el egoísmo de los mercaderes y la glorificación de una vida sin riesgos; cómo insiste en el culto de esas virtudes, el honor, el sacrificio, la valentía, que parecen en su época monedas salidas de circulación. La locura de Don Quijote es la locura del anacronismo. Cree todavía posible ir por los caminos salvando doncellas, deshaciendo injusticias, redimiendo desvalidos, combatiendo gigantes y afrontando el poder de los nigromantes. Pero se diría que no es Don Quijote, obsesionado con la justicia, con la generosidad, con el desprendimiento, con el heroísmo, con la veneración de un amor ideal, quien ha enloquecido, sino que es más bien el mundo alrededor el que ha perdido el sentido que le conferían esas antiguas virtudes y tradiciones. Desde entonces cada día hemos visto la muerte de una tradición y su apresurada sustitución por una moda, tan evanescente como seductora. Y ya se ha llegado a pensar que tal vez lo más deseable sea pasar por la vida en un carnaval de evanescencias, sin buscar en la realidad más que un poco de confort y estímulos que aguijoneen el placer. Sin embargo otra suerte de Quijote más reciente, quien también sucumbió a la locura, aunque sería un atrevimiento afirmar que fueron los libros los que le arrebataron la razón, Friedrich Nietzsche, afirmó de un modo clamoroso que hasta la más insensata costumbre es preferible al vacío de la falta de costumbres.

Lo que los libros le revelaron a don Quijote fue la persistencia de unos principios, la perdurabilidad de unos sueños, la necesidad de sostener unas tradiciones contra el soplo de escombros de la desmemoria. Nadie menos expuesto que él a la afirmación de Schopenhauer de que la locura es la pérdida de la memoria. Don Quijote conserva la memoria de las edades heroicas, es el mundo quien la ha perdido. Por eso la humanidad lleva cuatro siglos discutiendo si Don Quijote es un loco de atar suelto por un mundo normal, o si es un hombre sensato, incluso para algunos el más sabio de los hombres, en un mundo que ha enloquecido.

La escritura fue invocada cuando la memoria oral parecía insuficiente o cuando se la veía amenazada; la imprenta apareció en momentos en que empezaban a perder piso las tradiciones largamente establecidas de los pueblos de Europa. Todo esto puede parecer ahora un poco lejano para nosotros. Pero tal vez estas reflexiones tengan que ver de un modo más directo con nuestra realidad, tal vez, incluso, tengan que ver de un modo dramático con nuestra realidad inmediata. Porque lo siguiente que hay que decir es que América, esta tierra en que vivimos y soñamos, fue descubierta (usemos todavía ese dudoso término) poco después de la invención de la imprenta. Es decir, nuestro continente irrumpe en la historia de Occidente, y la historia de Occidente irrumpe en nuestro continente, exactamente en el mismo momento en que empieza a desmoronarse la tradición de esa otra memoria, anterior a los libros impresos. Y no sólo se debilitó o se esfumó por entonces la memoria oral de los pueblos de Europa, sino que la Conquista de América representó la cruenta y salvaje eliminación de la memoria de incontables pueblos que, además, permanecían en su gran mayoría sujetos a la tradición oral como principal forma de conservación de su pasado, de sus costumbres, de sus culturas. Hay que imaginarse al capellán Vicente de Valverde exigiendo al inca Atahualpa que besara con veneración ese objeto de planos superpuestos hechos de seca materia vegetal exornada de signos y coloreada, donde estaba toda la sabiduría del mundo. Atahualpa, que nunca había visto un libro, arrojó la Biblia por tierra, y ese hecho bastó para que los invasores se sintieran autorizados a masacrar a todo un pueblo.

Es como si dijéramos que la reciente cultura del libro comenzaba a destruir la largamente establecida memoria oral americana. Había

también en nuestro continente una cultura escrita, pero estaba en poder de unos cuantos iniciados y no parecía haberse extendido hasta ser la depositaria de la memoria colectiva. Como nos lo cuenta el libro *La visión de los vencidos*, los sabios aztecas intentaron salvar los códices donde estaba pintada la tradición de su pueblo, entregándolos a los capitanes victoriosos, pero estos soltaron contra ellos sus perros de presa.

Y a tres sabios de Ehécatl (Quetzalcóatl), de origen tetzcocano, los comieron los perros. No más ellos vinieron a entregarse. Nadie los trajo. No más venían trayendo sus papeles con pinturas (códices). Eran cuatro, uno huyó: sólo tres fueron alcanzados, allá en Coyoacán.

También tardamos siglos en descubrir que las estelas mayas no eran relieves ornamentales sino una escritura logográfica donde se conserva la memoria de aquel pueblo, sus ritos, sus saberes; pero en América la escritura no había llegado a sustituir a la tradición oral, y a ello se atribuye el que tantas culturas indígenas hayan podido ser abolidas de un modo irreparable.

Pero es importante preguntarse qué era lo que empezaban a obrar los libros en el alma de Europa. El Renacimiento surgió de una relectura de los textos antiguos y a menudo permitió que los pueblos escaparan al dogmatismo que había invadido la relación con los libros en la Edad Media. A la vivacidad intelectual de las herejías y de los primeros debates cristianos, la sucedió la severidad del dogma, y no podemos creer en la fecundidad intelectual de una época donde cualquier desviación de la ortodoxia recibía refutaciones de garfio y de fuego. Curiosa época donde la dominación estaba en el libro y la libertad estaba en la creación oral, en las canciones de los cátaros y en los cuentos de hadas llenos de evocaciones paganas; donde escribir era ser vigilado y ser reo de tribunales terrenos y celestes, y donde en cambio el habla trasmitía los secretos más vigorosos y profundos de los pueblos. Ante una obra como *Macbeth*, donde se percibe por todas partes la gravitación de la Edad Media, uno se siente tentado a pensar que las palabras más inquietantes, que las místicas más indescifrables, que las construcciones verbales más audaces, las

pronuncian las brujas. En cambio es evidente que la única tradición oral que los poderes medievales, particularmente la Iglesia, alentaban, era la interminable e invariable repetición de oraciones previamente acuñadas y aprobadas por las jerarquías eclesiásticas.

Así, podemos advertir en el surgimiento de la imprenta no un lance afortunado y un hallazgo azaroso sino una secreta conspiración de la libertad de pensamiento contra las ortodoxias medievales. Aunque el primer libro en imprimirse fuera la Sagrada Escritura, ya contrariaba seriamente al poder de la Iglesia esa posibilidad de poner biblias a solas en todas las manos, ya preparaba también esa gran rebelión que fue la Reforma, que arrebató a las autoridades de la Iglesia el monopolio de la verdad del texto bíblico, y dio libertad a los fieles para interpretar sus pasajes.

La tradición oral conserva las creaciones, pero también es un modo de crear colectivamente, y por ello requiere cohesión social, mientras que el auge de la escritura más bien estimula la creación solitaria. Yo diría que por entonces se vivió en Europa una gran conspiración. No es sólo que a través de la imprenta el Renacimiento haya puesto la memoria de Occidente en manos de los individuos, el individuo mismo fue uno de los inventos de aquella época. Después de edades que ponían el énfasis en la pertenencia a una comunidad, llegaron las edades en las que lo importante era el criterio personal, en las que cada yo procuraba separarse del mundo y juzgar la historia desde su propia perspectiva. Desde antes del Renacimiento, y preparándolo, se habían dado en el campo del pensamiento y de la creación grandes aventuras individuales como no las recordaba Occidente desde los tiempos magníficos de la filosofía presocrática. Con un sentido conmovedor de la responsabilidad, Tomás de Aquino se aplicó a pensar por sí mismo toda la doctrina cristiana, a buscarle un fundamento racional a la unión hipostática, a la encarnación, al color de las plumas en las alas de los ángeles, al modo como se desplazan por el mundo los pensamientos de Dios. Ello parece una expresión de la fe, pero los cuarenta volúmenes de la *Suma Teológica* admiten la sospecha de que fuera secretamente una expresión de la duda: a Tomás de Aquino ya no le bastaba creer, necesitaba argumentar, y por ello, sin darse cuenta,

él, el buey mudo, él, que no pecaba nunca, él, ante cuya confesión final el sacerdote lloró de asombro porque estaba oyendo los pecados de un niño de cinco años, cometió sin advertido el más imperceptible de los pecados de su época: tratar de entender y de pensar a Dios cuando la ortodoxia ordenaba solamente creer. Otro aventurero fue Dante Aligheri, cuyos tercetos luminosos y precisos fueron vistos durante siglos como una expresión de la ortodoxia cristiana, pero en quien hoy podemos advertir a un temerario explorador de lo desconocido, ya que no solo decidió pecadoramente visitar estando vivo los reinos de la muerte, sino que se tomó la libertad de suplantarlo el juicio divino enviando a su antojo al infierno a reyes y papas, dictaminando sobre el pasado de Italia y de Europa como si él mismo fuera el juicio universal. De ese modo, consciente o no de ello, Dante estaba reinventando una verdad antigua: el hombre es la medida de todas las cosas. ¿Añadiré que no fue la menor de sus audacias la de colocar a la mujer que amaba, a Beatriz Portinari, en el centro del cielo espiritual, como si quisiera reemplazar con ella al Dios de los ejércitos? Dante creía firmemente que Dios y el amor son equiparables, como Cristo lo había predicado; y si el amor era Beatriz Portinari, ¿por qué no afirmar una suerte de identidad entre Beatriz y Dios, siendo evidente que en el Cosmos de la *Divina Comedia*, Beatriz y solo Beatriz es el Amor que mueve al sol y a las estrellas?

A través de esas cósmicas aventuras intelectuales iba naciendo el individuo tal como lo consagró el Renacimiento. Con las minuciosas y crecientes dudas de Descartes, con las lúcidas y personalísimas meditaciones de Montaigne, con las sonrisas de Leonardo, con los discursos de Cervantes, con las oposiciones de Lutero, con las máscaras apasionadas de Shakespeare. Así se abría camino el individuo en la historia de Occidente, y ya estaban en él, potencialmente, el hombre sujeto de Derechos de la Revolución francesa, el revolucionario iconoclasta, el ciudadano de las democracias modernas, el solitario héroe romántico enfrentado con el mundo y consigo mismo.

Ese proceso puede corresponder a una reflexión que escuché cierta vez de labios de Estanislao Zuleta sobre las diferencias entre la épica y la lírica. En la épica, decía, hay siempre una comunidad a la que se

pertenece, con la que se está de acuerdo, un nosotros desde donde hablan el héroe y el narrador, unos seres solidarios integrados al mundo; en la lírica hay siempre un individuo, no solo aislado del mundo sino a menudo enfrentado a él.

Inmediatamente después de su aventura renacentista, que la había convertido en vanguardia de la modernidad, en la proa de los descubrimientos y en el primer imperio de su tiempo, misteriosamente España se atrincheró en el dogma, abandonó el camino de esa transformación, de la construcción del individuo, tan creadoramente inaugurado por Cervantes, por los poemas líricos y filosóficos de Francisco de Quevedo y Villegas, por los poemas de Lope de Vega. Renunció a la aventura de libre pensamiento, de la formación del individuo y del ciudadano, y se refugió otra vez en la Edad Media. Ese curioso viraje de España, significó un repliegue hacia su propia memoria ancestral, una negativa a seguir esa aventura de elaboración de una nueva conciencia histórica en la que era fundamental el aporte de la lectura y del libro, como bien lo sustentaba un célebre soneto de Quevedo:

Retirado en la paz de estos desiertos,
Con pocos pero doctos libros juntos,
Vivo en conversación con los difuntos
Y escucho con mis ojos a los muertos.
Si no siempre entendidos siempre abiertos,
O alientan o corrigen mis asuntos,
Y en músicos callados contrapuntos
Al sueño de la vida hablan despiertos.
Las grandes almas que la muerte ausenta,
De injuria de los años vengadora,
Libra, oh gran don Joseph, docta la imprenta,
En fuga irrevocable huye la hora,
Pero aquella el mejor cálculo cuenta
Que en la lección y estudios nos mejora.

La literatura española se silenció a partir de mediados del siglo diecisiete y entró en un letargo parecido a la muerte. Sin embargo,

España había logrado darse unas instituciones, construirse una tradición tan firme como sus castillos roqueros, tenía unas costumbres, una cultura en las cosas, unas mezquitas moras, unos acueductos romanos, la solemne y severa mole del Escorial en donde ampararse mientras encontraba otra vez argumentos para aceptar la aventura de la modernidad. Pero nuestra historia en América fue distinta, aunque siguió su propio rumbo en cada país. Habíamos casi destruido la memoria de América, la tradición de los pueblos americanos, habíamos descalificado su condición de verdadera cultura, pero no contábamos con una tradición europea arraigada en nuestro territorio. Además, la renuncia española a la edad moderna también impedía que las otras formas de la memoria, los libros, entraran a formar parte viva de nuestra realidad, nos ayudaran a conservar nuestro pasado, a vivir la aventura de construcción del individuo americano, el perfil singular de nuestra cultura mestiza.

En los Estados Unidos ese desafío no se vivió jamás: los nativos fueron exterminados y los europeos inmigrantes trajeron su cultura. Rápidamente sus libros crearon la mitología, verdadera o apócrifa, de aquel mundo. Rápidamente sus poetas tomaron posesión de su realidad, reconocieron la sacralidad de sus ríos y de sus montañas. Donde no había una larga tradición, al menos podía improvisarse una tradición literaria, tan capaz de sacralizar como la memoria ancestral. Esos puritanos venían de la cultura del dogma y del libro, pero ya avanzaban por el camino del libre examen, de sustituir la fe por las obras como instrumento de la salvación, lo suyo era ineluctablemente la modernidad. Dueños de unas costumbres, de unas tradiciones, de la memoria de los pueblos de Europa, ingresaban también plenamente en el orden de la memoria escrita, de los libros, de los debates intelectuales. El supuesto de toda democracia real, la igualdad, estaba resuelto para ellos por la falta de mestizajes, y por el proceso efectivo de formación del individuo moderno, del ciudadano. Incluso, libres del peso de las aristocracias que en Europa exigían crueles revoluciones para instaurar el reino de la libertad y de la igualdad, pudieron proclamar los Derechos Humanos antes que los propios franceses.

Pero ¿somos conscientes de la complejidad de un mestizaje físico desamparado de memoria? ¿Somos conscientes del hecho inquietante de

que nuestra cultura renunciara a la vez a la tradición oral y a los libros? Ya no seríamos nunca más indígenas americanos pero no teníamos cómo ser europeos modernos. Mientras duró la dominación española, algo de la penumbra monacal del imperio nos daba la ilusión de una identidad. El mundo de la colonia, convirtiéndonos en menores de edad, sujetos a tutela, definidos por lo que no éramos, como una inconcebible figura geométrica que tuviera su centro fuera de ella, nos permitía malamente existir y sobre todo hacía que conviviéramos en la paz de nuestra múltiple inexistencia. Se dice que la América española era extrañamente pacífica después de que terminó el desangre de la Conquista; viajeros como el barón de Humboldt pudieron recorrer buena parte del continente casi sin tropiezo alguno, apenas sí perturbados por los mosquitos, las serpientes o el clima. Pero repito, esa paz era sobre todo la expresión de nuestra inexistencia, porque ningún esfuerzo se había hecho para hacer de los miembros de todas estas etnias, estas culturas, estos sistemas de parentesco, estas regiones geográficas diversas, gentes capaces de convivir y de reconocerse como conciudadanos.

Cuando llegó la Independencia, llegó con ella el desafío de descubrir nuestro verdadero rostro, de acceder a esa modernidad en la que los intelectuales de la rebelión se inspiraban. Las nacientes naciones se proclamaban hijas de la Revolución francesa, de la Declaración de los Derechos del Hombre, de la idea de individuo y de la idea de ciudadano. Las nacientes naciones tenían que ingresar en los paradigmas de la modernidad, y no para parecerse a Europa sino justamente para no tener que parecerse a ella, para garantizar la posibilidad de pensarse a sí mismas, de definir su fisonomía, de asumirse como sujetos complejos de la historia. Para poder vivir el mestizaje como una riqueza, para emprender los impostergables diálogos culturales. No había sociedad tan necesitada de memoria como ésta, y no había sociedad que la tuviera tan tenue. Hijos, nuestro continente y nuestro país, de tantas desintegraciones, de tantas lejanías, de tantos olvidos, corríamos el riesgo de terminar creyendo, como ocurrió, que en realidad América nació en 1492, el riesgo de creer, como creemos, que Colombia solo existe desde 1819, o desde 1886, el riesgo de estar viendo un nacimiento en cada destrucción, y de terminar

perdiendo la memoria de un modo total. La verdad es que casi la hemos perdido, y lo que no pasó con don Quijote sí puede pasar con nosotros. Nosotros sí podemos ser objeto de la afirmación de Schopenhauer según la cual la locura es la pérdida de la memoria.

Aislados y asediados, en un país al que no conocemos ni comprendemos; sorprendidos por los rostros inesperados que el país guardaba en su seno; discriminándonos sin fin unos a otros; totalmente incapaces de reconocernos en nuestros vecinos; perdida la memoria de nuestros orígenes; perdida nuestra raíz americana y perdida también nuestra pertenencia al orden mental europeo; viviendo una discordia de aldea, nada parece más improbable que construir con este mosaico de cosas heterogéneas, con esta discordia generalizada, una patria común. ¿Qué podía salvarnos de eso? Abolida la posibilidad de una memoria mágica o mítica americana, a la que podemos acercarnos pero a la cual como mestizos no podemos pertenecer de un modo pleno, habría sido indispensable para nosotros convertirnos en una cultura de lectores. Porque es bueno recordar que desde el comienzo no faltaron entre nosotros los autores y los libros, incluso la Conquista misma vio nacer en nuestra cultura ese libro asombroso: *Elegías de varones ilustres de Indias*, un fresco descomunal de la Conquista y el poema más extenso de la lengua castellana. Pero ¿quién lo leyó por entonces, quién lo leyó a lo largo del tiempo? Lejos de mí pensar que sea posible que unánimemente un país se convierta en una sociedad de lectores, pero basta comparar los índices de lectura en nuestro país con los de los países europeos, para advertir las carencias de nuestra vida espiritual.

Porque ¿qué es lo que verdaderamente se conserva a través de la memoria oral o escrita? Yo diría que las minuciosas sabidurías de la vida diaria, los escrúpulos y los rituales que hacen posible la convivencia, la amistad, el amor, la vida familiar, la vida social. Tiene razón Nietzsche, no podemos vivir sin costumbres, sin tradiciones. Una especie tan alarmantemente desprovista de instintos como la nuestra, solo puede sobrevivir y persistir gracias al orden de la cultura, y toda cultura supone una cohesión profunda, una memoria compartida, la certeza poderosa de pertenecer a un orden común. A una parte considerable de nuestros

pueblos le arrebataron la memoria oral pero no le trajeron la memoria escrita, se fueron los mitos pero no llegaron los libros. Y la verdad es que, aunque ni los dirigentes ni los gobiernos ni los Estados parezcan haberse dado cuenta de ello, el orden social y político que nosotros decimos profesar supone los libros y la lectura. Los libros como interlocutores, como complementos de la memoria, como educadores de la sensibilidad, como estímulos de la imaginación, como aliados del pensamiento. Hay muchas cosas, muchos elementos de formación que podemos recibir de la familia, de la religión, de las instituciones de los medios de comunicación, pero ¿dónde encontrar proveedores de información, de conocimiento y de sabiduría más universales, más íntimos y más persistentes que los libros? En las instituciones estamos por algún tiempo, pero solo los libros podrán acompañarnos la vida entera, y en ellos la pluralidad de las ideas, de las historias, realidad y ficción, sensibilidad y fantasía, dulzura y horror, música verbal y pensamiento, lo posible y lo imposible. Como enumeraba Borges:

Enciclopedias, atlas, el Oriente
Y el Occidente, siglos, dinastías,
Símbolos, cosmos y cosmogonías,
Brindan los muros...

La conducta de los seres humanos no está gobernada por la ley; la ley positiva es solo un recurso extremo para corregir excesos e impedir abusos de nuestra libertad. La conducta está regida mucho más continuamente por las costumbres, por el ejemplo, por la tradición compartida. Allí donde se diluye esa tradición solo queda un recurso para la supervivencia de la sociedad y es la ética. Porque solo a veces necesitamos tomar decisiones que atañen a la ley escrita, al derecho positivo; más a menudo tomamos decisiones que competen a las costumbres culturales y sociales; pero a cada instante tomamos decisiones que pertenecen al orden de la ética. La vida cotidiana exige continuamente de nosotros el decidir y valorar los hechos de acuerdo con los dictados de nuestra conciencia, en casos donde la sociedad no puede intervenir y la ley no puede sancionarnos. Ese es el espacio más visible de nuestra libertad y es el verdadero

escenario de la convivencia social. Pero en nuestro caso, inoperante el Estado y desgarrado el tejido social, la ética es asunto de vida o muerte, y para alcanzar una conducta ética, en la modernidad, es indispensable la formación de un sujeto responsable, capaz de dialogar consigo mismo, capaz de meditar sus actos, es indispensable la formación de individuos, y yo diría que la lectura es fundamental en ese proceso. Los libros, cuya cercanía obra una suerte de extensión de nuestra facultad comprensiva, que expande el espacio de nuestra mente, que hace flexible y distinto el paso del tiempo, generan una singular tensión entre nuestra interioridad y el mundo, ya que lo que dicen está a la vez en las páginas y en la mente, y pueden pasar de un modo imperceptible de ser párrafos ajenos en una página a ser íntimos recuerdos o convicciones irrenunciables.

Por supuesto que los nukak-makú, desnudos por su selva, no tienen necesidad de libros, pero es porque saben leer en la naturaleza de su selva unos textos que nosotros no desciframos. Es ese el tesoro de su memoria ancestral, el arte de sobrevivir, de convivir, de cazar, de tejer fugaces moradas con lianas y bejucos, la relación con el cuerpo, con la enfermedad, con la muerte, la presencia de los ritos y los mitos y en ellos una memoria compartida que bien puede bastar para su mágica supervivencia en un mundo que nosotros vemos como peligro y amenaza, pero que ellos saben vivir como un hogar y una patria. Así descifran los embera catíos el lenguaje de las pinturas sobre el cuerpo, las líneas rojas del achiote y las ocre o amarillas del nogal macerado; así leen los pueblos amazónicos en grafismos cincelados sobre la piedra los textos del mito de la gran serpiente y en las manchas de la anaconda el mapa de las constelaciones; así pronuncian los sikwani del Vichada los rezos que protegerán al niño de las enfermedades o que propician la pesca; así repiten los u'wa del Cocuy el mito del *vuelo de las tijeretas*, que recuerda el viaje fundador de sus abuelos, las águilas, y que renueva ante cada bandada de águilas migratorias un pacto sagrado con el territorio.

Nosotros no tenemos el privilegio de pertenecer a esos mundos cerrados sobre sí; y todo parece indicar que el mundo moderno no avanza hacia la pureza de las culturas sino hacia el diálogo, el intercambio y el enriquecimiento recíprocos. Por eso aunque hay algo en nosotros,

mestizos americanos, que anhela sin fin volver a la cultura oral, a la tradición oral, hoy nuestra principal memoria posible es la del libro, y sin embargo tenemos todavía algunas de las sociedades menos lectoras del planeta. Cómo extrañarse de que en Colombia no nos reconozcamos los unos a los otros, si nunca nos hemos esforzado por construir verdaderamente el vínculo, si no hemos fortalecido los lenguajes del intercambio y del reconocimiento, si crecemos en la hostilidad y la rivalidad. Colombia solo cambiará cuando esté llena de ciudadanos en el sentido más activo y más reflexivo del término. ¿Pero cómo extrañarse de que no haya ciudadanos en una cultura donde lo individual no escapa al nivel de la supervivencia solitaria, ni ha logrado depurarse en criterio y carácter?

Estar con un libro es ya no estar solo consigo mismo, hay allí otro que nos ayuda y nos desafía. Y yo pienso que nuestra América está llamada, a pesar de todo, a convertirse por excelencia en la tierra del libro. Lo pienso porque en primer lugar, como decía al comienzo, probablemente la escritura surgió como alternativa de conservación de la memoria allí donde flaquea la memoria oral, donde desaparecen las costumbres y se desarraigan las tradiciones. En segundo lugar, porque tanto la escritura como la imprenta son instrumentos ideales para el diálogo de las culturas, y en ningún otro continente parece haber un desafío más vasto de entendimiento entre culturas distintas. Somos herederos de todas las tradiciones del planeta, y ello no puede darse ya mediante la asimilación de tradiciones orales sino mediante el diálogo múltiple de autores y de textos. Y en tercer lugar, porque el continente, que aún no ha producido esas esperadas multitudes de fervientes y lúcidos lectores que la historia promete, ya ha producido algunos de los más notables maestros lectores que pueda mostrar Occidente, es decir, de maestros que no solo fueron grandes lectores sino que siempre supieron enseñar a leer: hablo, para mencionar solo a unos cuantos, de Alfonso Reyes, cuyo espíritu era a su modo una biblioteca infinita; hablo de Pedro Henríquez Ureña, amoroso lector de todas las creaciones continentales, hablo por íntimo dictado del afecto y de la gratitud de Estanislao Zuleta, en quien estaban y dialogaban las artes y las disciplinas científicas, y hablo del más grande de todos, de Jorge Luis Borges, a quien un francés ha llamado el guardián

de todas las bibliotecas, y quien ha sido el lúcido y cálido maestro de las generaciones americanas de esta segunda mitad del siglo; gracias a todos ellos, tal vez estemos asistiendo, en este último crepúsculo del siglo veinte, al nacimiento definitivo de una comunidad de lectores hedónicos y comprensivos, de individuos y de ciudadanos, que hagan realidad el viejo sueño de instaurar en nuestra tierra, contra el viento del olvido, y sobre este caos de pasiones elementales y de colores primarios, la vigencia de la memoria, la fraternidad de la democracia, la fiesta de una edad de lucidez y de imaginación.

